

CARTAS DESDE LES GRANGES - IV

Cuarta carta

31 de enero de 1945

Mis queridos amigos,

He terminado de hablaros principalmente de mí. Antes de escribiros, en mi sexta y última carta de este año, lo que me parece posible, dentro de un futuro sin duda bastante próximo, para continuar nuestros antiguos encuentros en Auvernia, quisiera desarrollar en ésta y en la próxima algunas ideas generales que no son ajenas a lo que os he expuesto hasta ahora.

Tratemos de no ser de nuestro tiempo aunque lo conozcamos bien. Rechacemos absolutamente las influencias del momento orquestadas por la prensa y la radio con tan lograda técnica. No tengamos en cuenta a ninguno de los poderosos del momento. No nos escatimemos tampoco nosotros mismos, ya que toda mirada verdadera sobre nuestra sociedad debe estar antecedida por una confesión personal. Seamos independientes y objetivos por la renuncia, al menos en espíritu (y puede que esto no sea suficiente), a lo que poseemos en bienes y en estatus social gracias a la actual organización de la sociedad. Mantengamos ante nosotros nuestra fe cristiana, resucitemos si es necesario (y ciertamente lo es) el antiguo sentido cristiano para juzgar los acontecimientos con serenidad y comprender los signos de este tiempo. El momento es favorable. Antes de la crisis que todavía estamos atravesando, era demasiado pronto para una perspicacia suficiente. Después de esta crisis, el hombre sabrá cómo explicarla muy bien mediante las razones menos onerosas para él y sus ídolos; no se reconocerá

en ella hasta la siguiente crisis. Esto ya ha comenzado. Aprovechemos este momento favorable. Apresurémonos antes del próximo endurecimiento de corazones.

He insistido en mis cartas anteriores en la falta de carácter que he descubierto en mí y en otros, en el empobrecimiento de este suelo humano, un poco por debajo de lo psicológico y lo consciente, donde desarrollamos nuestras raíces para ser. Las causas de la decadencia de mi carácter tienen que tener un cierto valor universal. Creo que sería fácil transponerlas a muchas otras vidas, incluso muy diferentes de la mía. No voy a insistir en esto aquí. Pero, independientemente de las condiciones malsanas de la vida actual, hay una causa de un orden más propiamente social sobre la que ahora quisiera insistir. Aunque todas las vidas individuales estuvieran ordenadas según las leyes de la naturaleza y de Dios, esta causa, si no se remedia, provocaría un empobrecimiento real y peligroso del suelo humano.

Nuestra civilización moderna y democrática me parece que se caracteriza por la eliminación casi total de las barreras infranqueables que, en otros tiempos y bajo otros cielos, compartimentaban a la sociedad. La escala social, como se suele decir, puede ser difícil y de ascensión lenta. Sin embargo, es una escala: permite el acceso de las clases dirigidas a las clases dirigentes, de aquellas en las que el trabajo está mandado, ya sea por una necesidad interna como en el caso del campesino, ya sea por una autoridad externa como en el caso del obrero, a aquellas en las que cabe una iniciativa mucho más amplia en los modos y tiempos de trabajo. El esfuerzo democrático no se contenta con este posible paso de una clase a otra sino que tiende a hacerlo más fácil y rápido. No se trata aquí del ascenso paralelo, de todas las clases sociales, hacia una vida mejor, sino del paso de una clase a otra, es decir, de un ascenso social propiamente dicho. En la universidad, por ejemplo, que antes estaba bastante dividida en educación primaria y secundaria, se han tendido puentes cada vez más anchos entre ambas,

mediante equivalencias cada vez menos exigentes. Y la enseñanza superior es tan accesible a todos los escolares que se ve inmersa en la mediocridad de la mayoría de los estudiantes.

La enorme ventaja de este sistema, aparte de su conformidad con la noción de justicia social que puede sostenerse (y que es, de hecho, la única aceptable en un clima puramente laico), es la renovación de las clases dirigentes, poder inocularles sangre nueva para luchar contra la esclerosis que siempre amenaza a los que poseen algún bien. Sin embargo, esto no está exento de un grave inconveniente, que se ha visto desde hace tiempo pero que parece tan malo para el sistema que hasta ahora la única forma de contrarrestarlo ha sido renunciar a la ventaja anterior y resucitar las castas. La movilidad ascendente de los ciudadanos vacía a las clases dirigidas de sus mejores elementos y favorece con ellos a las clases dirigentes. En los pueblos se quedan los jóvenes campesinos menos desarrollados. En las fábricas, los obreros no cualificados forman una multitud anónima, madura para todo las proletarizaciones. El mundo de los trabajadores manuales se empobrece constantemente en beneficio del mundo de los funcionarios y empleados de todo tipo así como de las profesiones liberales. Sin embargo, no digo que estos últimos medios estén ganando en valor. Otras causas, que he aludido brevemente más arriba, actúan en sentido contrario. Sin embargo, lo que parece más razonable es afirmar que el empobrecimiento humano de la base de la sociedad es cierto.

Este empobrecimiento, del que es consecuencia la proletarización de las masas trabajadoras en las ciudades, así como también la lenta muerte por asfixia de nuestros pueblos, no sólo amenaza a las clases de base, sino que pone en cuestión la propia organización social y, en consecuencia, toda la civilización. Las mejores leyes sociales corren el riesgo de fracasar en su propósito cuando quienes deben beneficiarse de ellas ya no tienen la suficiente estatura humana. En nuestros pueblos, por ejemplo, veo la forma miserable en que se ha

utilizado la ley Loucheur para la construcción de viviendas, y no digo nada de los abusos de todo tipo causados por la multiplicación y el uso de pensiones, jubilaciones, subsidios y subvenciones que hacen que quizás la mitad de los ciudadanos sean clientes del Estado. Aun suponiendo, lo que no es en absoluto el caso, que la autoridad esté en manos dignas, honestas y en todo caso competentes, dicha autoridad no puede actuar en una masa incapaz de disciplina y por tanto ingobernable. En estas condiciones ideales, que la realidad hace mucho menos favorables, la autoridad degenera en tiranía o en apatía; la tiranía de las dictaduras, la falta de carácter de las democracias. Las leyes aplastan lo que queda de humano en el hombre o, por su misma indolencia, los acaban por descomponer. Cuando un pueblo ya no es digno de ser mandado por una autoridad fuerte y humana, cuando se corrompe por sus propios abusos en el uso de las mejores leyes, ¿qué remedio de salvación le queda?

En definitiva, si nos limitamos, para simplificar, a esta profundización que acabamos de señalar, la sociedad humana se asemeja a un bosque milenario plantado desde su origen en el mismo suelo —el suelo humano del que hablábamos antes. Este bosque extrae de las profundidades de su tierra la savia necesaria para su crecimiento. ¿Cómo no va a agotarse dicha tierra, a la larga, si no recibe por otra vía las riquezas elementales que todo bosque transforma en el esplendor de su follaje y en el valor concentrado de sus frutos? Es imposible una rotación de dicha tierra, tal como la que practican los campesinos en sus campos cuando disponen la sucesión de cultivos de forma que cada uno compense, con su aportación, lo que el anterior ha quitado del suelo. El bosque revaloriza por sus propios medios el suelo que lo sustenta. La sociedad humana debe hacer lo mismo, de lo contrario se marchitará. Este intercambio entre la tierra y el bosque que completa el ciclo vital, también debería realizarlo una sociedad que estuviese a la altura de las posibilidades de la humanidad. El humus

forestal es el resultado de la descomposición del follaje y los frutos del bosque. Toda esta frondosidad, que es el magnífico resultado de la colaboración entre las profundidades de la tierra y el cielo, debe regresar a las profundidades del suelo y aportarle más de lo que le extrajo, para enriquecerlo con nuevos jugos y nuevas cualidades en vista de la evolución del bosque en cuestión hacia formas cada vez más perfectas pero siempre más exigentes. El movimiento ascendente de la savia se completa con el movimiento descendente de las hojas y los frutos. Al movimiento ascendente que extrae de las clases sociales básicas elementos de elección para renovar las clases dirigentes, debe corresponder un movimiento descendente que vuelva a sumergir, en el suelo humano original, a los hombres que han recibido de la sociedad los beneficios más preciosos, los de la educación y la cultura, así como de Dios la gracia de la llamada a esta misión. Este segundo movimiento es necesario para que el primero subsista y para que el conjunto no se marchite como un cultivo, siempre el mismo, que crece una y otra vez en el mismo campo. Hasta ahora, nadie ha hecho suficiente hincapié en todo esto.

Hasta ahora, sólo se esperaba que los mejores dirigieran y que los más inteligentes y espirituales ocuparan los puestos de mando. Parecía un mal uso de los dones de Dios negarse a sí mismo la influencia a través de la autoridad que normalmente viene con el estatus social. ¿No era esto poner el candelabro debajo del celemín? Ciertamente, inútil es insistir en que este punto de vista tiene gran parte de razón. Pero vienen tiempos en los que ¿no habrá que comprender y que realizar este nuevo servicio social de los mejores, que no excluye los anteriores, pero que consiste en ser el último, en enterrarse en el suelo humano, en convertirse en este humus bendito que hace que la tierra tenga un valor profundo que es la base de su renombre? Durante los últimos cincuenta años, bajo el esfuerzo democrático, con la extrema rapidez de la evolución social, ha habido un gran consumo de hombres, mucho más rápido que en

el pasado. De modo que el fenómeno del empobrecimiento se ha hecho más intenso, y sus resultados empiezan a ser demasiado visibles para que no reclamen un remedio.

Nosotros, que provenimos de la raíz campesina o de la obrera desde hace sólo algunas pocas generaciones quizá, que hemos recibido la mejor educación, que hemos sido los privilegiados de la organización social y de la gracia de Dios, cuya vida humana, facilitada y enriquecida por toda la solicitud de la sociedad, ha recibido además la bendición del Altísimo, ya no se nos pide sólo que estemos en la cima más alta del árbol, donde la savia nos ha elevado; quizá se nos propone que volvamos al suelo del que surgieron nuestros antepasados. No se trata de abandonar lo que somos sino de renunciar a lo que tenemos. No se trata de retroceder sino de preparar un nuevo paso adelante. Una decisión heroica, podéis decir, que sólo la tomará un pequeño número y que, por eso mismo, está condenada al fracaso. Ciertamente, el número de quienes, una vez comprendido esto, acepte llevar a cabo esta "pérdida social" será muy reducido. Siempre habrá muchos más que deseen ascender a la cima de las jerarquías. Notemos que siempre nos resulta más fácil imaginar y comprender la importancia social de un líder que la del último de los subordinados. Sin embargo, si nuestra forma de ver es correcta, puede que no esté lejos el tiempo en que se haga patente la impotencia de cualquier líder para mandar dado que nadie será capaz de obedecer. Pero, desde ahora, debemos reconocer en esta "humillación social" un camino que Cristo predicó no para esterilizar la acción de sus discípulos ni para su santificación personal sino a favor de la fecundidad de su apostolado. A medida que la sociedad de los hombres avanza en su existencia, Dios es cada vez más necesario y está cada vez menos presente. ¿Cuándo terminará esta peligrosa paradoja? ¿No es hora de que los cristianos dejen de razonar y juzgar como los paganos que sólo creen en la eficacia del número y de las fuerzas económicas? Ojalá encuentren en su fe, no ya sólo una justificación a veces

caritativa y a menudo demasiado oportuna de las reivindicaciones sociales actuales sino el camino, la verdad y la vida de las sociedades. "No tengáis miedo, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha complacido daros el reino".

¿Podemos añadir que tal camino es conforme al espíritu de las bienaventuranzas evangélicas? Sin duda, no lo vemos recomendado textualmente en los libros sagrados. Pero se habla en ellos de los últimos que serán los primeros al final de los tiempos, y toda la tradición ascética cristiana, cuyo testigo privilegiado es la Imitación, recomienda ocupar el último lugar. Sin duda, se ha insistido sobre todo, si no exclusivamente, en la utilidad individual de las bienaventuranzas. Era el camino más seguro y más corto de alcanzar los bienes que no pasan y el Amor Eterno. Vemos además cómo aparece el aspecto apostólico de las bienaventuranzas, la utilidad social de quienes las siguen, una utilidad que ya es visible y real aunque no se invoque todavía la comunión de los santos y la reversibilidad de los méritos. En efecto, están en la línea evangélica quienes se conviertan en los últimos para ser elementos vivos del suelo humano y prepararlo para dar una savia renovada al bosque de los hombres. Cuando dejen todo para actuar sólo por lo que son, en este ambiente nuevo donde se inserten como un fermento invisible, lleno de su precioso valor humano y cristiano, continuarán la más antigua tradición ascética y monástica y la renovarán.

Además, en nuestro tiempo de búsqueda, en el que la familia intenta encontrar sus propios vuelos evangélicos, podemos pensar que en esta dirección está el inicio de una solución. Hasta ahora, los consejos evangélicos se han dirigido principalmente a los solteros, o al menos a los individuos, independientemente de su situación familiar. Incluso se ha intentado trasladar las reglas monásticas a la vida familiar, sin duda un poco literalmente, llegando a aconsejar a ciertos hogares el matrimonio blanco. ¿No deberíamos pensar que una familia que abandona su situación social para convertirse

en campesina u obrera, con el fin de renovar este entorno, no sólo con su ejemplo y su apostolado -esto es evidente-, sino con su misma presencia, descubrirá para sí misma un camino evangélico que no desvirtúa en absoluto su propia vocación familiar y le abre las puertas de la santidad? Campesina u obrera, sí, con la única condición de que las restricciones de la vida que abraza de esta manera sean saludables y sigan las leyes de la naturaleza y de Dios. Y además, ¿no podríamos añadir que, al igual que tenemos en la Iglesia hermanos que cuidan de los leprosos, algunas familias o individuos, participando de la vocación de las Hermanas de la Caridad, vayan a estos oficios en los que la sociedad arruina vidas para su propia comodidad y poder, y en los que también descompone las almas y consume al hombre? Pero dejemos esta forma de sacrificio, que sólo es para unos pocos. Tampoco insistiré en los beneficios humanos y cristianos que esta vida aporta al individuo o a la familia que la asume. Concluyamos tan sólo con un pensamiento que me parece de suma importancia. Me parece que el cumplimiento de este ciclo vital es condición indispensable para que una sociedad tenga la estabilidad y la prosperidad necesarias para el cumplimiento de los destinos de la Humanidad. Este ciclo vital en su primera mitad ascendente sólo requiere que el hombre ame y cultive sus propios crecimientos. Esta es la parte más fácil, la que mejor se entiende y se acepta. La observancia de la ley es suficiente. En la segunda mitad, este ciclo propone al hombre renunciar a sí mismo, abandonar lo que tiene, ser el último después de haber sido el primero o después de haber podido llegar a serlo. La naturaleza por sí sola es impotente de cara a esta tarea. La ley también lo es. Se necesita la gracia de Dios, el amor de Dios, la caridad de Dios. En el pasado, sólo se proponía la ley para la prosperidad del Mundo; pero la ley pronto se vio que era insuficiente. El amor vino con su propia libertad para reemplazar la esclavitud impotente de la ley. El Amor, ¿será impotente también para llevar a la humanidad hacia sus grandes

destinos? Y, ¿qué hay después del Amor? Si la sociedad no se renueva, ¿qué será de ella? Y si se renovase, ¿hacia dónde gravitaría? Los datos del porvenir están claros sobre la mesa, irrevocablemente. Desde hace veinte siglos estamos en el fin de los tiempos. Tal vez empezamos a entenderlo mejor.

* * *

Estas perspectivas ya son interesantes en sí mismas. Tienen, además, el mérito de haber salido del ámbito un tanto estéril de la pura especulación. Algunas realizaciones ya se esbozan. El Espíritu sopla, en efecto, en esta dirección. En bastantes círculos, de forma independiente, se está realizando un trabajo similar. Es un enjambre de iniciativas individuales, pequeñas, generalmente modestas y que no quieren darse a conocer demasiado. Sólo conozco algunos de estos inicios hacia una nueva vida. Adivino algunos otros. No importa. Lo importante es que existen. Estamos en un siglo que se desmorona de tanta organización, administración y centralización. Conviene que los pioneros reaccionen, mediante su fuerte individualidad, contra todo lo que quisiera dictar su comportamiento y reglamentar su camino a priori. En mi región, puedo citar el ejemplo de algunas familias. Una de ellas, con cuatro niños pequeños, la mujer es antigua estudiante, que conocí en Angers, el marido es de una familia de la alta sociedad belga. Otra familia, con seis hijos, el mayor, de 14 años y el último nació en la granja; la mujer, de la región de Lyon, sin ninguna preparación para la vida que lleva ahora, sin gusto por ello tampoco, siguió a su marido, que estuvo unos meses en el Ministerio de Agricultura y luego dimitió. La razón es que comprendió que nada esencial se haría por la vía oficial. Otras tres familias se han instalado en un pueblo abandonado de los Altos Alpes. No muy lejos de allí, los descendientes de Harmel se hicieron con una granja en un lugar que Giono hizo famoso en uno de sus

libros. ¿Se mantendrán todos? No lo sé. ¿Todos os dirían lo que os acabo de decir? Tampoco lo creo. Pero lo que me parece muy probable es que lo aprobarían y, muy probablemente, reconocerían en ello sus más preciadas aspiraciones o, si no, sus más preciados pensamientos. Dios los ayudará; nos ayudará. Es bueno estar donde sopla el Espíritu.